

Política y Caridad Social

La muerte trágica de Camilo Torres ha estremecido el Continente. La del Dr. Alirio Ugarte Pelayo, toda la contextura nacional. Ambas tienen un resonar de trueno profético, cuyo eco difícilmente morirá en nuestra generación.

No es nuestra misión juzgarlos. Sólo el Señor tiene el poder del juicio. Y bajo las estrellas aún no se ha tejido la historia que sabrá enmarcar su vida y su gesto en perspectivas de serena objetividad.

Nuestros jóvenes nos adelantan un paso, por lo menos, en el caminar histórico, y no juzgan los hechos como nosotros los sesudos varones que tenemos miedo del camino abierto hacia adelante, nos sentamos sobre uno de los hitos del hoy, o del ayer, y ambicionamos mandar detenerse al sol de la existencia sobre nuestras cabezas.

Camilo Torres alza su índice acusador de profeta del infortunio y desde su tumba desconocida fustiga los pecados de su pueblo y de todos nuestros pueblos latinoamericanos. Sobre todo el pecado colectivo, continental, de injusticia social. Nosotros quisiéramos hacer silencio sobre su tumba, pero no nos lo permiten los gritos iracundos de los jóvenes. Los sedantes más poderosos no nos proporcionarán el dulce sueño del olvido. Sólo una revisión sincera puede ser el comienzo de la salvación.

Si hasta los multimillonarios yanquis (discurso de R. Kennedy) ven cerne sobre América Latina con apremiante inmediatez la **revolución** económico-social, y todos nuestros mejores jóvenes no saben definir sino por esta mágica palabra el cambio radical y rápido que anhelan, ¿no será ésto una señal de los tiempos?

Determinadas campañas para ayudar a los pobres nos hacen daño, y no pasan de ser una inútil y dilatoria terapia hipnótica, si no trascienden el nivel limosnero sin llegar a transformar las causas de la pobreza. Si no se acomete la creación de un nuevo orden que distribuya mejor las riquezas, la renta nacional. No curan, ni mucho menos, los males profundos de nuestra sociedad y su abusiva publicidad es un revulsivo para muchos y encona a los que sufren. Hay miedo de ir a la raíz honda del tremendo pecado de injusticia que pesa sobre la suerte miserable de nuestros pueblos.

El desenlace trágico del Dr. Alirio Ugarte P., ha abierto violentamente la tapa de otro de nuestros gravísimos problemas centrado en una palabra de cuatro sílabas bien subrayadas: **Político**.

Extraña enfermedad. Por un lado una cancerosa politización, que deforma todos los valores, en pequeñas minorías partidistas. Por otro un lamentable ausentismo político, que afecta a inmensos sectores de nuestro país.

Abusiva politización

Ha escrito certeramente Danielou: "La acción política y la económica son esenciales, pero en tanto en cuanto permiten otras cosas, y no en cuanto son su fin. Una de las peores deformaciones que ha traído el comunismo al mundo de hoy es la de politizar todos los problemas. Los valores filosóficos, religiosos, artísticos, no son considerados sino en sus incidencias políticas.

Así, por una dramática inversión de valores, la línea política llega a ser la referencia absoluta, y el resto se hace relativo. Nosotros tenemos que efectuar la operación contraria. Hay que devolver a los valores de verdad, belleza, espiritualidad, al inmenso dominio de la vida privada del hombre, al amor, trabajo, religión... su valor primordial. La política tiene por fin hacerlo posible".

Esta reconversión de la política se hace más perentoria entre nosotros, pues el cáncer ha proliferado abundantemente. Es necesario, por todos los medios, inculcar este valor relativo de la política, subordinarla a otros tipos de valores superiores de carácter moral, social y religioso, "Subordinarla al orden absoluto de los seres". (Pío XII).

"SIC" en repetidas ocasiones, y con valentía, ha denunciado este abuso de la política en nuestros medios, y las pretensiones de partidos, grupos, y aun personas, que quieren monopolizar para sí el Bien Común, y hacerse sus monopolizadores, excluyendo a los demás.

La pasión política empaña con facilidad la conciencia y borra los linderos del bien y del mal, de lo lícito y de lo ilícito, de lo justo y de lo injusto, y conduce a ese relativismo moral que era para Pío XII uno de los males más graves del mundo moderno.

Y en esto muchos que se llaman cristianos no son mejores que los comunistas.

La politización de la universidad, de los sindicatos, de los gremios profesionales, de la seguridad social, de medios de trabajo necesarios para la subsistencia y la educación... son un grave pecado contra el Bien Común. Sólo ciertos carnets abren todas las puertas.

¿La lamentable desaparición del Dr. Alirio Ugarte P., no es la firma sangrienta que rubrica este abuso de la política?

Ausentismo político

Pero no es la abusiva politización el mayor mal que enfrentamos en Venezuela, sino un estéril ausentismo político. Será tal vez por reacción, y por la ley de los contrarios, pero hay una constante y sistemática campaña de desprestigio de la política entre nosotros. Los partidarios de los regímenes de fuerza de uno y otro signo han realizado, y realizan, una terrible labor denigratoria de la política. Constantemente se contraponen partidos y Bien Común, se insiste en que el país no necesita de los partidos y que éstos son una calamidad pública.

Los últimos acontecimientos han agudizado este sentir de muchos y la palabra "política" evoca para importantes sectores de nuestra población un concepto altamente peyorativo. ¿No lo subrayó infortunadamente en uno de los grandes matutinos de la capital uno de los afamados columnistas, que viven precisamente de la política, bajo este sensacionalista titular: **¿Abajo la Política?**

No podemos negar que las actuaciones de muchos "políticos" dan pie a este descrédito de la política, pero callarnos ante el mal o darle alas con funesta ingenuidad, sería hacer el juego a los enemigos del hombre y del Bien Común, dejándoles el campo libre y substraer, y ésto es más lamentable aún, al quehacer político las fuerzas más sanas y vigorosas de nuestra sociedad, las únicas que, puestas en movimiento, realizarían el cambio necesario en favor de la justa promoción del hombre.

Bajo este punto de vista, ¿cómo podrían los cristianos hacer caso omiso de su colaboración directa en esta labor de suprema urgencia?

Para Pío XI el campo de la política es el más importante después del directamente religioso. "La política, dice Pío XII, es una de las maneras más perfectas de practicar la caridad social".

Pío XII condenó con frases vigorosas el abstencionismo de los católicos en la lucha política por la construcción de la ciudad. "Sería una vergüenza, dice, que los cristianos se dejaran vencer en este campo por los enemigos de Dios en ardor en el trabajo, espíritu de empresa y de sacrificio".

E insiste con impresionante vehemencia:

"Un cristiano convencido no puede encerrarse en un cómodo y egoísta aislacionismo, cuando es testigo de las necesidades y la miseria de sus hermanos; cuando le llegan los gritos de socorro de los económicamente débiles; cuando conoce las aspiraciones de las clases trabajadoras hacia unas condiciones de vida más normales y justas; cuando se da cuenta de los abusos de una concepción económica, que pone al dinero por encima de todos los deberes; cuando no ignora las desviaciones de un intransigente nacionalismo, que niega o conculca la solidaridad de los pueblos..."

El combate de la fe se libra, para Juan XXIII, no sólo en el secreto de la conciencia o en la intimidad del hogar, sino **sobre todo en la vida pública** ante todas sus formas y **alienta a los católicos a intervenir en la vida política.**

Con razón pudieron escribir los obispos del Perú en carta pastoral destinada a instruir a sus fieles sobre el deber de participar activamente en la vida política: "La política ofrece, después de la religión, el más amplio campo para el ejercicio del amor al prójimo".

Profetas de Dios y de un nuevo Orden

Felipe Larrazábal (1816-1873), insigne bolivariano y cristiano convencido, escribe en un famoso artículo (1851) que titula "El Porvenir":

"Su bandera (la de América Latina) será la Paz; su moral y su política estarán encerradas en estas dos palabras: **el cristianismo y la democracia.** Su elemento será la libertad; su dogma, el dogma de la asociación común, el de la **fraternidad de los hombres**".

El cuadro actual de América Latina es muy distinto sin embargo, del que vislumbró Felipe Larrazábal.

Nosotros, que creemos en una especial providencia sobre A. L. y no tenemos fe en una revolución de signo marxista, al menos como remedio a nuestros males sociales, estamos plenamente convencidos de que sólo mediante la inserción de las fuerzas auténticamente cristianas en nuestro complicado mundo político, social y económico, se verificará la revolución pronosticada por F. Larrazábal.

El día en que haya miles y aun millones de cristianos sinceros, conscientes de su misión profética, que, incrustados en la vida política, griten al mundo materialista las tremendas exigencias de Dios y de los pobres de Dios, que, en medio del sueño insensato de los bien instalados, de los responsables culpables u olvidadizos, alzen su voz, respaldada por su vida de servicio, proclamando que no hay ni religión ni patria, cuando millones de hijos de Dios padecen hambre y están desempleados, cuando millones de familias son incapaces de satisfacer sus necesidades mínimas, cuando para millones de jóvenes sólo la revolución sangrienta, el crimen o la prostitución son las puertas abiertas a su desesperación, surcará el sombrío cielo de nuestros países el relámpago de la esperanza.

Al acabar el Concilio dijo Pablo VI: "los cristianos tenemos el culto del hombre".

Nuestra fe en Cristo es una fe ardiente en el hombre y cuando luchamos por el hombre instauramos el reino de Cristo.

Pero no basta alzar la voz airada (tantas voces airadas a los 20 años se han convertido en ronquidos de satisfechos a los 30 años!), sino comprometerse seriamente en la lucha por el hombre y sus eternos valores.

"El comunismo no juega, va en serio" ... fue un slogan que manchó muchas paredes de Caracas.

Y los cristianos, ¿jugamos, o vamos en serio? Los falsos profetas gritaban, pero huían al desencadenarse el huracán. Los verdaderos se comprometen con su pueblo, atan su suerte a la suya, y en la hora de la prueba, mientras le alientan, dedican su vida a liberarlo de la esclavitud. Saben ser **eficaces** en su servicio.

Y en esto fallamos. Los cristianos somos poco eficaces de ordinario. Y este fallo traiciona nuestro pobre amor a Cristo.

"La eficacia (una conclusión de un Congreso de los ingenieros e industriales católicos de Francia), es un valor que los cristianos, tanto y más que los demás hombres, deben buscar y realizar en el orden temporal. Y la eficacia no será real si no es global, y sus resultados son positivos a largo plazo. El cristianismo debe ser eficaz en la transformación de las estructuras, y encabezar las reformas necesarias. El resignarse a que el mundo siga como está, o dejar el quehacer de estructurarlo a los no cristianos, sería una grave equivocación".

La Iglesia de hoy ha hablado en forma clara y transparente de estas verdades en su preciosa Constitución conciliar "Gozo y Esperanza" sobre la Iglesia y el mundo de hoy y particularmente en el capítulo IV, consagrado a la vida en la Comunidad política.

Esta cita textual, aunque extensa, es el mejor compendio de lo que hemos querido decir en estas notas:

"Los cristianos deben tener conciencia del papel particular y propio que les toca en suerte en la Comunidad política, en la que están obligados a dar ejemplo, desarrollando en sí mismos el sentido de responsabilidad y de consagración al Bien Común. Así mostrarán con los mismos hechos cómo pueden armonizarse autoridad y libertad, iniciativa personal y solidaridad del cuerpo social, las ventajas de la unidad y las de la diversidad.

En la administración de lo temporal sepan reconocer la existencia de opiniones diversas y a veces contradictorias, pero legítimas, y respeten, por consiguiente, a los ciudadanos que, aun como grupo, defienden lealmente su manera de ver.

Los partidos deben promover lo que, según su juicio, es exigencia del Bien Común, pero en ningún caso les estará permitido anteponer sus intereses al Bien Común.

Es menester procurar celosamente la educación cívica y política, que en nuestros días es particularmente necesaria, tanto para todo el pueblo como particularmente para los jóvenes, a fin de que todos los ciudadanos puedan desempeñar su papel en la vida de la Comunidad política. Los que son capaces, o pueden llegar a serlo, de ejercer el arte tan difícil y **nobilísimo** de la política, prepárense para ella y no rehusen dedicarse a ella sin buscar el propio interés y las ventajas materiales.

Luchen contra la injusticia y la opresión, contra la intolerancia y el absolutismo, sea de un hombre o de un partido político; obren con integridad y prudencia, conságrense al servicio de todos con sinceridad y rectitud; más aún, con amor y fortaleza política".

El mundo, y más nuestro mundo en angustia, necesita de esos cristianos con vocación política y de servicio, que estén dispuestos a dar el todo por el todo por la causa del pueblo. La Iglesia debe confiar en ellos y no tratarlos como a menores, pues su testimonio cristiano en el campo de la política sincera es el mejor argumento de la vigencia del Evangelio del Señor, y de la eficacia del cristianismo.

J. M. G.